

FIGURAS ESPAÑOLAS

# El menospreciado

Por Paulino Masip.

Se advierte ya su presencia por ahí. Todavía anda temeroso de que el rostro, a pública luz, le acuse el extraño drama corroe-dor secreto de sus entrañas. A pesar suyo se da cuenta de que, quizás, no tenga razón. En la intimidad de sus allegados o de su conciencia se le desvanecen los pudores y muestra a la intemperie sus llagas. Este es el hombre que se cree menospreciado. Este es el hombre dueño de una inédita fórmula mágica — militar, política, social, artística—. El y su fórmula son una misma cosa. Imposible el deslinde. Este es el hombre que se siente preterido, que vive con la angustia de que nadie le hace caso, o de que no le hacen el suficiente caso. En la fauna humana de todas las épocas ha habido ejemplares así. Con ellos, refundidos, se ha creado el mito del genio desconocido que es, por cierto, el mito más absolutamente mítico. Cuando llegamos al conocimiento de la existencia de un genio desconocido, única manera posible que tenemos para saber si existe o no un genio desconocido, ¿qué ocurre? Nuestro conocimiento de su existencia ¿le quita o no la cualidad de desconocido? Qué-dense sin respuesta, por ahora, estas preguntas, y prosigamos.

Este hombre subjetivamente preterido, menospreciado, no es peligroso todavía. Destila su tenue baba en los rincones, pone reparillos, si encuentra otros tres de su pelaje planea una pequeñísima intriga, habla a veces en primera persona del singular, pero casi siempre en nombre del clan o por exclusiones tácticas. No pasa de aquí, ni pasará. La realidad es tan descarnada, tiene tantas aristas cortantes, tantos ángulos puntiagudos, que en cuanto estos globitos de vanidad rozan con ella, estallan sin ruido ni quebranto. Y si lo producen, no se nota.

La presencia del hombre menospreciado ni quita ni pone en el paisaje de España, pero el mosquito tampoco quita ni pone en las líneas severas o dulces de un paisaje y conviene someterlo a un tratamiento de asepsia.

Este hombre menospreciado no se ha querido dar cuenta de que en la segunda quincena del mes de julio de 1936 a él y a todos los españoles el Destino, uno a uno, nos habló de esta manera:

«Vea usted por dónde, señor o camarada, todas las barreras, escalafones, vallas que entrecruzaban, limitaban, acotaban, asfixiaban la vida española, han desaparecido. El país es una tabla rasa, campo liso sin caminos ni trillados, ni sin trillar, puesto que ni éstos están aun dibujados. En su mano está, señor o camarada, elegir el rumbo que más le guste o acomode. ¿Le place, acaso, el de la milicia? Sígalos. Todos los puestos están vacantes. Es posible que en usted dormite un Julio César, un Napoleón o un Juan Martín Empeinado. Se le depara ocasión propicia para vivir todos los sueños. Ningún obstáculo ajeno se le pone delante. Nadie le pide nada, sino lo que usted quiera. Y sea lo que fuere lo que usted logre, la Patria se lo agradecerá.

»Pero, quizás le gusta a usted la política. Quizás usted había pensado muchas veces en el destino esplendoroso de Dantón o de Robespierre o de Cromwell o de Lincoln. Yo — se había dicho usted a sí mismo — no he nacido para político de encrucijada y zancadilla, de antesala y pasillo, de recadito a la oreja y tirón de levita. Yo — se había dicho usted a sí mismo — necesitaría para dar la medida de mi fuerza un clima heroico y tempestuoso. Las águilas no pueden avenirse a vivir como gallináceas y, si se avienen, fracasan. Usted no se había avenido y rumiaba sus ansias secretas sin esperanza alguna. Pero la coyuntura inesperada ha llegado. ¿Tempestad? ¿Tormenta? ¿Soplos terribles de vientos heroicos que lo hinchen y lo arrebatan? No creo que pueda usted pedir más. Echése a andar luego. Nadie ocupa el lugar que usted ambiciona. Nadie alegará más derechos que usted, porque todo lo pasado es letra muerta. Estamos en cueros, como en el principio del mundo, y sólo sirve lo que llevamos dentro de nosotros mismos: inteligencia y voluntad. Vaya, vaya, no se le haga tarde.

»Y usted? Usted era un escritor que no escribía porque la fórmula que traía usted al mundo, de tan grande, no cabía por las puertas de periódicos y editoriales donde vivía una ganta encanijada y angosta, o no escribía porque sus ambiciones eran homéricas, cantor de héroes, y la vida que le rodeaba era pobre, chiquita, mezquina, apenas dos palmas alzada del suelo, o no escribía porque todo estaba sobado, resobado y pateado. ¿Qué ha de hacer — ha dicho usted tantas veces — en esta época el poeta épico que llevo yo dentro, o el dramaturgo de las grandes connociones universales que vibra dentro de mí? Bien, bien, bien. Le ha llegado la hora de probar que no ha sido usted un farfante. Ya no hay puertas en los periódicos, millares de héroes convierten la tierra de España en vivero de leyendas extraordinarias y con sólo abrir los ojos, ¡qué documentos humanos y sobrehumanos, amigo, al alcance de la vista!

»Y usted, escultor cansado de la misma modelo para la misma estatua de siempre;

# Notas inactuales, a la manera de Juan de Mairena

Por Antonio Machado

*Don Antonio Machado, el más glorioso de los poetas españoles contemporáneos, inicia con el presente artículo su colaboración en LA VANGUARDIA, que con ella se honra altísimamente. Bastarían estas líneas para el saludo ritual; pero, además de un gran escritor, entra con don Antonio en nuestra casa uno de los ejemplos máximos de dignidad que la tragedia española ha ofrecido. Don Antonio, cargado de años, de laureles y de achaques, ha renunciado a su derecho al descanso, y mantiene vivo, juvenil y heroico el espíritu liberal que informó su vida y su obra, y, sobreponiéndose a sí mismo, su pluma mantiene la gallardía y la gracia poética de sus mejores horas. Con don Antonio Machado nos llegan un escritor y un hombre. Bien venidos ambos.*

I

Si tenemos en cuenta la reversibilidad ideal de lo pasado y la plasticidad de lo futuro, no hay inconveniente en convertir la historia en novela, sin que, por ello, pierda la historia nada esencial, como espejo más o menos limpio de la vida humana. Sólo así podremos sacudir la tiranía de lo anecdótico y de lo circunstancial.

Creemos que no hay suficientes razones para aceptar la fatalidad de lo pasado.

Reconocemos, sin embargo, que los deterministas nunca han de concedernos que lo pasado debió ser de otro modo, ni siquiera que pudo ser de muchos. Porque ellos no admiten libertad para lo futuro, y con doble razón han de negárselo a lo pretérito. Y para no entrar en discusiones, que nos llevarían más allá de nuestro propósito, nos declaramos al margen de la historia y de la novela, meros hombres de fantasía, como Juan de Mairena, cuando decía a sus alumnos: «Tenéis unos padres excelentes, a quienes debéis cariño y respeto; pero ¡por qué no inventáis otros más excelentes todavía?»

II

Nada os importe — decía Juan de Mairena — ser inactuales, ni decir lo que vosotros pensáis que debió decirse hace veinte años; porque eso será, acaso, lo que pueda decirse dentro de otros veinte. Y si aspiráis a la originalidad, huid de los novedadesos, de los noveleros y de los arbitristas de toda laya. De cada diez novedades que pretendan descubrimos, nueve son tonterías. La décima y última, que no es una necesidad, resulta a última hora que tampoco es nueva.

III

Quien avanza hacia atrás huye hacia adelante. Que las espantadas de los reaccionarios no nos cojan desprevenidos, dijo Juan de Mairena hace ya mucho tiempo.

IV

Una mala lectura de Nietzsche fué causa del imperialismo d'annunziano; una mala lectura de D'Annunzio ha hecho posible la Italia de Mussolini, de ese faquin endiosado.

V

Hemos de reconocer que los libros más influyentes en los Estados totalitarios no suelen ser los últimos, ni, casi nunca, los mejores. Tal vez por eso, Cervantes embistió contra los libros de caballerías, cuando éstos ya no se escribían en el mundo, por-

que, y usted, pintor, a quien se le caían los párpados; aburrida la mirada del paisaje inalterable; y usted, ingeniero de los proyectos fantásticos; y usted, arbitrista; y usted, colonizador; y usted, hombre de acción pura; y usted, filántropo; y usted, médico; y usted, aviador que no volaba; y usted, marino que no navegaba; y usted, usted, usted... seres de vocaciones truncadas o frustradas, almas llenas de amargura, vidas inertes, pasiones sin objeto a vuestro entender por culpa de circunstancias adversas. Como los del «starter» en un «stadium», los tiros que habéis oído han dado la señal de partida para la carrera de los sueños que parecían más imposibles.»

De esta manera habló el Destino en la segunda quincena del mes de julio inolvidable, para el hombre que se cree menospreciado y para los demás españoles. Y hablaba por su boca, asimismo, la voz del deber, porque, por un azar prodigioso, se producía la insólita coincidencia de que la realización de nuestros sueños individuales fuera una necesidad colectiva. España exigía que todos sus hijos se pusieran a vivir sus ansias más secretas y distantes. España necesitaba cosecha de ambiciones desmesuradas. La recolección fué abundante, en apariencia, pero a la hora de la cita hubo que desechar muchas, muchas espigas huérfanas, henchidas, simplemente, de palabrería vana. Entre ellas la del hombre que hoy se cree menospreciado porque no encontró dentro de sí mismo meollo que entregar a los trojes de la patria.

que, acaso era entonces cuando producían mayores estragos. El filósofo de la abominable Alemania hitleriana es el Nietzsche malo, borracho de darwinismo, un Nietzsche que ni siquiera es alemán. El último gran filósofo de Alemania, el más escuchado por los doctos es el casi antípoda de Nietzsche, Martín Heidegger, un metafísico de la humildad. Quienes, como Heidegger, creen en la profunda dignidad del hombre, no piensan mejorarlo exaltando su animalidad. El hombre heideggeriano es el antipolo del germano de Hitler.

VI

Alemania, la Alemania prusianizada de nuestros días ¿había Mairena en 1909 — tiene el don de crearse muchos más enemigos de los que necesita para guerrear. Mientras aumenta su fuerza en proporción aritmética, crece en proporción geométrica el número y la fuerza de sus adversarios. En este sentido, es Alemania la gran maestra de la guerra, la creadora de la tensión política que hará imposible la paz en el mundo entero. Y el mundo entero decidirá, ingratamente, exterminar a su maestra, cuando ésta ya sólo aspire a una decorosa jubilación.

VII

Mientras los hombres — decía Juan de Mairena — no sean capaces de querer la paz, es decir, el imperio de la justicia (la que supone una orientación metafísica y un clima moral que todavía no existen y que, acaso, no existan nunca en Occidente), una liga entre naciones para defender la paz a todo trance, es una entidad perfectamente hueca y que carece de todo sentido. Es algo peor. Es el equívoco criminal que mantienen los poderosos, armados hasta los dientes, para conservar la injusticia y acelerar la ruina de los inermes o insuficientemente armados. Cuando alguno de ellos grite: ¡justicial se le contestará con un encogimiento de hombros; y si añade: «pedimos armas para defendernos de la iniquidad», se le dirá cariñosamente: paz, hermano. Nuestra misión es asegurar la paz que tú perturbas, reducir la guerra a un mínimum en el mundo. Nosotros no daremos nunca armas a los débiles; procuraremos que los exterminen cuanto antes.

VIII

Aludiendo a la cuestión española, ha dicho Chamberlain: «no seré yo quien se que-me los dedos en esa hoguera». Es una frase perfectamente cínica y perversa. Por fortuna Inglaterra, un gran pueblo de varones, no puede hacer suya una frase que está pidiendo a gritos el fuego que abrasó a Sodoma. Porque con ella se quiere dar a entender que Inglaterra no guerreará nunca por la Justicia. Son muchos los ingleses que saben muy bien que eso no es verdad, y que si lo fuera — como indudablemente no lo es — convendría a los ingleses que no lo supiera nadie. La frase es inmoral y torpe, verdaderamente indigna de un inglés.

## AHORA COMO EN 1914 Los pacifistas enemigos de la paz

Por Fabián Vidal

¿Se pudo evitar la guerra de 1914? Sí. Se pudo evitar. Un examen atento y desapasionado de los hechos que la precedieron lo demuestra.

Porque es el caso que nadie, absolutamente nadie, creía, a mediados de junio del año terrible, que no pasarían seis semanas sin que Europa se trocarse en un volcán.



Emilio Ludwig ha contado, en uno de sus libros, el episodio de los dos condes. El conde Berchold y el conde Forgach, ambos austriacos, se reúnen una mañana en un despacho de la Ballplatz de Viena. Van a redactar, con el corazón alegre, un importante documento diplomático. Es el ultimátum que el Imperio austro-húngaro dirige al rey de Serbia, con motivo del asesinato, en Sarajevo, capital de Bosnia, del archiduque Francisco Fernando de Habsburgo y de su esposa morganática, la condesa Arotek, por un estudiante de origen yugoeslavo, que se llamaba Gavrilo Princip...

¿Se daban cuenta los dos aristócratas de la gravedad de su acto? Parece que no. Estaban seguros de que Serbia, como enemigo, no valía nada y no opondría resistencia. Y deseaban, más bien, que la pusiera. El barón Konrad von Hoenzdorff les había dicho que el ejército de la Doble Monarquía estaba preparado y que la invasión sería realizada en un abrir y cerrar de ojos. Por el Sava y el Drina, doscientos cincuenta mil soldados penetrarían en Serbia y la ocuparían luego de aplastar a sus defensores en una o dos batallas. Y Austria y Hungría, realizando la vieja idea del barón de Aerenthal, podrían así, mancomunadamente, asomarse a los Balcanes y descender al Egeo. El camino de Salónica — de Salónica la griega — quedaría abierto. El «brillante segundo» se adelantaría a su orgulloso precursor, en la política del *Nach Drang Osten*. La marcha hacia el Este sería hecha por austriacos y makyares y no por prusianos y bávaros.

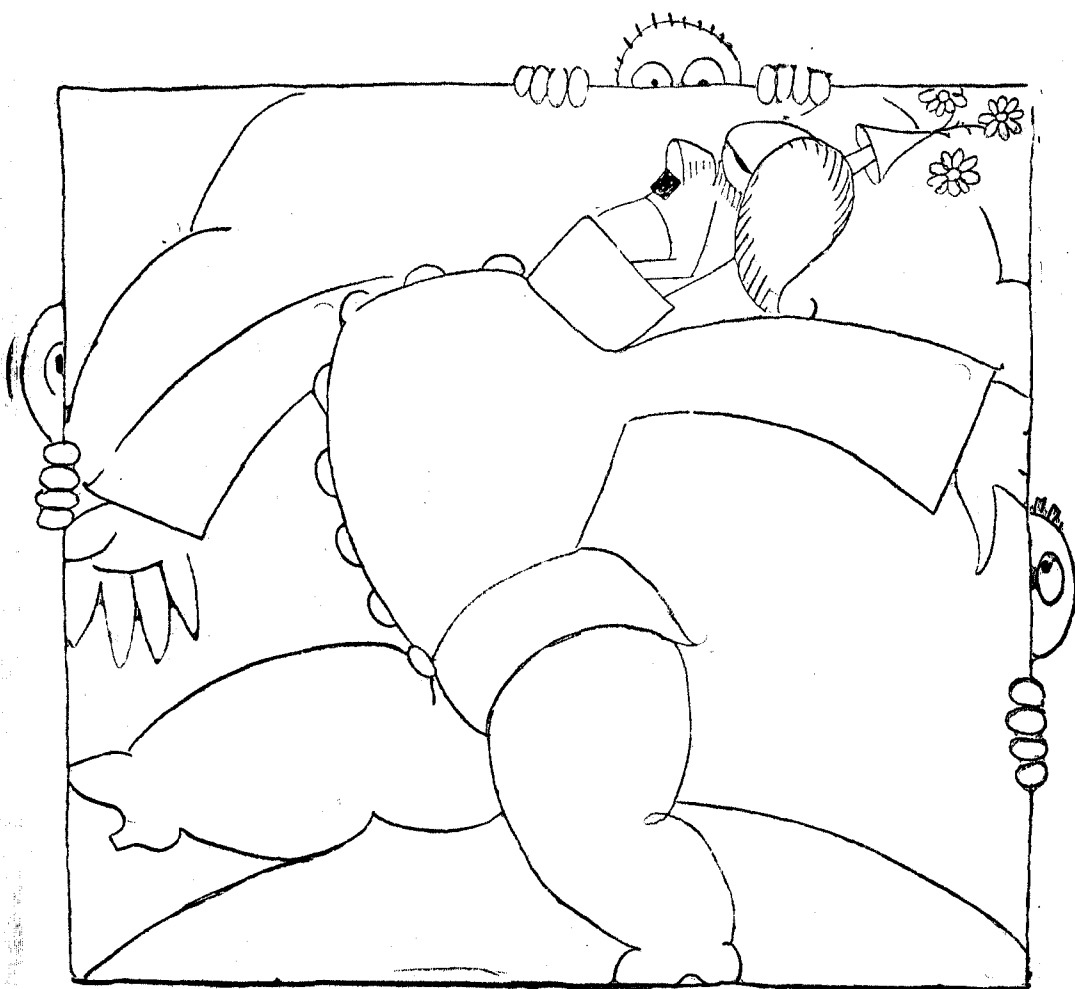
Cierto; había que pensar en la reacción de San Petersburgo. Los serbios son eslavos. Eslavos del Sur. Y el panslavismo les prometió siempre no abandonarlos. ¿Sacaría Rusia la espada para defender de un incalificable atropello a sus hermanos de raza? Los dos condes no lo creían. Rusia, muy trabajada por las discórdias políticas, carecía de medios para movilizar rápidamente sus reservas. Pese a los empréstitos franceses, no había construído su red de ferrocarriles estratégicos. Incluso había retirado de la frontera polaca, en Woclawek, una división de caballería, destinada, según viejos planes, a irrumpir, al día siguiente de la declaración de guerra, en el territorio alemán de Posen. Sería lo más probable que se limitara a intervenir diplomáticamente. Y se vería ante el hecho consumado. Y a la postre, optaría por callar.

¿Qué seguridades dió el Kaiser a los condes de Viena? Guillermo II tampoco creía que era llegada la hora de la guerra. Esperaba una protesta rusa, secundada por Francia y una nota antibolística de Inglaterra. En cuanto a Italia, era un país aliado. Los pobres serbios se verían solos y tendrían que someterse o sucumbir...

Pero sucedió que si bien los serbios aceptaron el ultimátum, Rusia no quiso tolerar que el reino de Pedro Karageorgewitch desapareciera prácticamente del mapa europeo. El panslavismo se sintió romántico. Bruscamente se agravó y agudizó el problema. Mientras los monitores austriacos del Danubio bombardeaban Belgrado, movilizaba Rusia sus circunscripciones meridionales. Y Francia, fiel a su tratado de alianza, se disponía a la lucha.

La clave de la situación no estaba ya en Vie-

ZOOLOGIA, por Bagaría



FLAMENKUS EUROPEEN: Esta especie es producto de la cobardía colectiva.